

UNIVERSIDAD TEOLÓGICA DEL CARIBE

ENSAYO CRITICO - HISTORIA DEL CRISTIANISMO - CONSTANTINO

ESTE TRABAJO ES PRESENTADO A LA

PROFESOR JULIO ORTIZ BÁEZ EN CUMPLIMIENTO DE

LOS REQUISITOS DEL CURSO

HISTORIA DE LA IGLESIA (HI 201)

PROGRAMA A DISTANCIA ONLINE

POR

ELVIS C SOTO

SAINT JUST, P. R.

31 DE OCTUBRE DE 2025

Introducción

La historia de la Iglesia en este periodo se desarrolla entre dos realidades opuestas: una Iglesia de mártires, cuyo fundamento es Cristo y que con su sangre ofrece la redención, y una Iglesia que de pronto recibe el favor del imperio. El progreso del cristianismo fue impulsado por la persecución y la sangre de aquellos que se negaron a doblar sus rodillas ante Roma, su César y su poder absoluto. Luego, una decisión política cambia el curso de los acontecimientos: Constantino decide favorecer a esa Iglesia perseguida y oprimir a quienes la perseguían. La dinámica se transforma, y con esto comienza un periodo de redefinición profunda. Creo firmemente que la mano de Dios estuvo presente en este proceso. Aun en medio de las tensiones políticas y humanas, el Señor siguió guiando a su Iglesia. Sin embargo, mientras el cristianismo avanzaba en reconocimiento, el fervor que antes impulsaba a los creyentes a entregar la vida por su fe comenzó a apagarse. Fue entonces cuando surgieron los monacatos como una respuesta de fidelidad de hombres que buscaron conservar la consagración, la teología y los escritos que definían la identidad espiritual del pueblo de Dios. Es imposible notar un inquietante paralelo con la historia de este periodo y las condiciones y paradigma de nuestra iglesia contemporánea.

1. Eusebio de Cesarea y su aporte teológico

Eusebio de Cesarea es recordado como el primer gran historiador de la Iglesia. Su trabajo documenta los primeros siglos del cristianismo y preserva datos esenciales sobre mártires, concilios y líderes cristianos. Fue cercano al emperador Constantino y vio en él un instrumento divino para la expansión de la fe. Teológicamente, Eusebio defendió la unidad de Dios frente a las interpretaciones extremas del arrianismo, aunque su postura fue a veces conciliadora con el poder. En su lectura de la historia, percibió la intervención divina en los acontecimientos humanos, lo que coincide con la convicción de que el favor imperial, aunque imperfecto, formaba parte del propósito providencial de Dios. Aun así, este cambio trajo consigo desafíos: una Iglesia acostumbrada a crecer bajo el fuego de la persecución ahora debía aprender a

mantenerse fiel bajo el favor del poder. El testimonio de Eusebio, tanto histórico como teológico, nos recuerda que la presencia de Dios no garantiza comodidad, sino dirección en medio de los cambios.

2. Causas y aportaciones del monacato

El surgimiento de los monasterios fue, en muchos sentidos, la respuesta espiritual a una nueva realidad. Cuando el cristianismo dejó de ser perseguido y se convirtió en religión favorecida, la Iglesia experimentó una pérdida de fervor. Muchos creyentes sintieron que la cruz había sido reemplazada por el cetro, y que la santidad se mezclaba con el poder. Inspirados por figuras como Antonio Abad y Pacomio, los monjes se retiraron al desierto para conservar una fe pura, centrada en la oración, la disciplina y la renuncia. Fue la manera en que Dios levantó un remanente dispuesto a mantener viva la llama de la consagración. El monacato fue muy importante en su aportación al cristianismo. El monacato le ofrece a la Iglesia la vida de recogimiento espiritual y contemplativa como testimonio frente al lujo del imperio, la preservación de la teología y los manuscritos, y la vivencia comunitaria de la caridad y la obediencia. En los monasterios se refugió la esencia del cristianismo primitivo: la búsqueda de Dios más allá de los privilegios.

3. La controversia donatista

El conflicto donatista reveló las heridas que dejó la persecución y el cambio de época. En el norte de África, muchos cristianos cuestionaban si quienes habían cedido bajo tortura o habían entregado las Escrituras a las autoridades debían ser aceptados nuevamente en la Iglesia. Los donatistas sostenían que no, y que la pureza del cuerpo de Cristo no podía convivir con la traición. Pero la Iglesia, ya más estructurada, respondió afirmando que la gracia de Dios no depende de la perfección del ministro, sino de Cristo mismo. Esta discusión reflejó el gran contraste entre la Iglesia de los mártires, que valoraba la fidelidad hasta la muerte, y la Iglesia post-Constantino, que comenzaba a aprender a vivir con la fragilidad humana dentro de su

seno. Aun en este debate, veo la mano de Dios obrando: usando la tensión entre justicia y misericordia para enseñar que la santidad de la Iglesia no se mide por su pureza absoluta, sino por su capacidad de perdonar y restaurar.

4. El Concilio de Nicea: causas y consecuencias

El Concilio de Nicea es patrocinado precisamente por Constantino y fue un punto de análisis y definición para la Iglesia. Se podría inferir que la Iglesia tuvo un antes y un después después de este concilio. Los obispos se reunieron para resolver la controversia del arrianismo, que negaba la plena divinidad de Cristo. El concilio declaró que el Hijo es “de la misma sustancia” (homoousios) que el Padre, afirmando con valentía la fe en la verdadera encarnación de Dios. Sin embargo, esta victoria doctrinal trajo consigo nuevas tensiones. El mismo poder que había perseguido a la Iglesia ahora influía en sus decisiones internas. La fe que antes se defendía con sangre comenzó a depender del favor político. Aquí también se manifiesta el contraste: la Iglesia ganó estabilidad, templos y reconocimiento, pero perdió parte de la pureza de su dependencia total de Dios. Aun así, creo que el Espíritu Santo no se retiró; más bien, usó este momento para consolidar la identidad teológica del cristianismo y proteger la verdad sobre Cristo en medio de una nueva clase de batalla: la lucha contra la comodidad espiritual.

5. Atanasio de Alejandría y la naturaleza de Cristo

Atanasio representa la voz profética de una Iglesia en transición. Su aportación es vital para nuestra interpretación de Cristo respecto a su naturaleza y con respecto a nuestra salvación personal. Muchos cedían ante las presiones políticas o doctrinales, él mantuvo firme la convicción de que solo un Cristo plenamente divino podía salvarnos. Su vida, marcada por exilios y persecuciones incluso dentro de la misma Iglesia, muestra que el espíritu del martirio no había desaparecido del todo. Atanasio defendió que el Hijo no fue creado, sino eterno y de la misma naturaleza del Padre. Pero más allá de los términos teológicos, lo que me conmueve es su visión pastoral es que si Cristo no comparte plenamente nuestra humanidad, no puede

redimirla y si no comparte plenamente la divinidad, no puede restaurarla. Su testimonio demuestra que la fidelidad no depende de las circunstancias, sino del carácter de quien confía en Dios. En él, la Iglesia recordaba su origen: la cruz, no el poder o el trono. Su teología fue esencial para mantener viva la llama de una fe que prefería el exilio antes que la conveniencia, el sacrificio más que el poder o la comodidad religiosa.

6. San Agustín y Pelagio: la voluntad y el pecado

El debate entre Agustín y Pelagio fue una nueva etapa en la búsqueda del equilibrio entre la gracia de Dios y el esfuerzo humano. Pelagio afirmaba que el hombre podía, con su voluntad y disciplina, alcanzar la santidad.

Aquí claramente se refleja nuevamente el efecto de una Iglesia mas relajada por el cambio de época; antes, la Iglesia había aprendido a depender totalmente de Dios en la persecución; ahora, en tiempos de estabilidad, corría el riesgo de confiar demasiado en su propia fuerza. Un paréntesis necesario para ilustrarlo con nuestra Iglesia de Occidente, aquí por ejemplo en los Estados Unidos donde una relativa paz en términos políticos permea la Iglesia, caracterizada por un estado de relajamiento y cargada de apatía en su compromiso cristiano, cuando la comparas a la Iglesia abiertamente perseguida en varios lugares del mundo como Asia, Africa y el mundo islámico. Agustín, desde su experiencia personal de pecado y redención, insistía en que la voluntad humana estaba herida y que solo la gracia podía restaurarla. Agustín, defendió la soberanía de la gracia, no como un escape a la responsabilidad moral, sino como una confesión humilde: sin Cristo nada podemos hacer. Su pensamiento marcó el rumbo de la teología occidental y recordó que el verdadero poder de la Iglesia no proviene del favor imperial, sino de la dependencia constante del Espíritu Santo.

Conclusión

El tránsito de una Iglesia perseguida a una Iglesia favorecida por el Estado fue, sin duda, un momento decisivo y ambiguo en la historia cristiana y que repercute hasta hoy. También fue lo que luego desprendió una parte de la Iglesia en un rumbo distinto hasta la actualidad. Una Iglesia rica y poderosa sigue manteniendo la posición de Pelagio donde nuestro esfuerzo, obras de caridad atenúan nuestro camino a la salvación y la otra versión de la Iglesia que mantiene que nada podemos hacer para ganar la salvación y no es por la obra del hombre sino solamente por medio de Jesucristo. No hay duda que Dios usó ese tiempo para expandir el Evangelio, abrir templos, organizar la teología y dar estabilidad a la fe. Por otro lado, esa misma prosperidad trajo consigo la tentación de la comodidad y el enfriamiento espiritual.

Una Iglesia que antes vivía dispuesta a morir por Cristo comenzó a acostumbrarse a vivir bien con Él. Pero incluso en esa transformación, la mano de Dios no se retiró. Y como tantos periodos del antiguo testamento levantó voces y movimientos como el monacato, los concilios y pensadores como Atanasio y Agustín para preservar lo que es la esencia del Evangelio. Este periodo nos deja una lección clara de como el poder y la paz también son pruebas tanto personales como colectivas. La fe no se fortalece solo bajo el martirio o la persecución sino también es probada cuando la abundancia amenaza con diluirla y enfriarla. Comprender este proceso nos ayuda a servir a Dios hoy con una mirada alerta y equilibrada. Vivir agradecidos por sus bendiciones, pero vigilantes para no perder el fuego de la primera Iglesia.

Bibliografía

“Constantino el Grande.” Bite Project. <https://biteproject.com/constantino-el-grande/>

“Constantino y la expansión del cristianismo.” YouTube, subido por Historia Viva, 2023. <https://youtu.be/rZjj115G6Cs>

“El Concilio de Nicea explicado.” YouTube, subido por Teología para Todos, 2023. <https://youtu.be/LxR4KuvIDZY>

González, Justo L. Historia del Cristianismo, Tomo I. Miami, FL: Editorial Unilit, 1994.